

Completando el puzzle

- CAPÍTULO 26 -



Había quedado con Lucas en *José Alfredo* para tomarnos algo antes de ir a cenar. Le tocaba elegir a él el restaurante, pero tenía la esperanza de que no se le ocurriese ningún sitio y pudiésemos ir a *Home Burger*, una hamburguesería que estaba al lado. Me encantaba ese local aunque nunca pedía una hamburguesa; el sándwich vegetariano y el mexicano estaban demasiado ricos para variar el menú. Llegué demasiado pronto, pero lo hice a propósito. Me apetecía tomarme una copa de vino sola, sentada en uno de sus sofás de cuero, mirando a la clientela, que siempre era muy variopinta y pensando. En realidad no pensé mucho, entre mirar a la gente que había en el bar y dejar la mente en blanco, se me pasó el rato.

—Un euro por tus pensamientos—dijo Lucas agachado con su cara a pocos centímetros de la mía.

—Joder, que susto me has dado— dije golpeándole con la mano en el hombro.

—Pegas como una chica—dijo devolviéndome el golpe.

Le miré con los ojos entornados.

—Te iba a decir que tú pegas como un maricón para ya quedar como dos auténticos gilipollas, pero casi que me lo ahorro.

Soltó una sonora carcajada.

—Que estoy de coña, rubia. Tú podrías reventar a hostias a la mitad de la gente del local si te lo propusieras.

—No es verdad, pero te lo acepto como disculpa—dije—. ¿Te pides algo o vamos directamente a cenar?

—Coño, tienes hambre, ¿eh?—dijo—. Déjame que me tome un vino contigo tranquilamente y luego vamos. ¿Quieres otro?

Asentí y él se dirigió a la barra a pedir nuestras consumiciones.

—Bueno qué, ¿ya sabes dónde vamos a ir después?—preguntó cuando volvió a la mesa con sendas copas de vino.

—Pero si hoy te tocaba a ti elegir el restaurante, ¿no?.

—Ambos sabemos que vienes con una idea en la cabeza y te diga lo que te diga, nada te va a parecer bien, ¿me equivoco?

Le sonreí con la boquita pequeña.

—Venga, ¿de qué tienes antojo?

—De comida rica y cerda—le contesté con una amplia sonrisa.

—Perfecto, orgía de hidratos de carbono y grasas poliinsaturadas esta noche—dijo alzando su copa en un brindis mudo.

—Eso suena de puta madre—dijo el camarero, que estaba recogiendo unas copas vacías en la mesa de al lado. Vi cómo lo miraba, con ese deseo contenido del que ha divisado algo que le gusta y va a por todas. De repente sentí celos. ¿Y si le gustaba? Si se suponía que sólo íbamos a ser amigos como yo me repetía incesantemente, tenía que prepararme para algo así, ¿no? Si no era este chico, podía ser otro u otro. ¿Estaba preparada para algo así?

—Es una pena, pero las invitaciones para esta fiesta se repartieron hace mucho—le dijo sonriéndole. Le estaba rechazando, pero no cerraba la puerta del todo, sólo la dejaba entornada.

—¿Te gusta?—le pregunté parapetándome detrás de mi copa de vino.

—Es guapo, pero a mí sólo me gustas tú—contestó—. Lástima que estás pillada.

Le sonreí y no contesté. Pensaba decirle que lo había dejado con Jairo, pero me daba miedo darle esperanzas, por si insistía y yo no era capaz de decirle que no. A día de hoy no entiendo por qué yo me imponía esos límites, pero no quería encadenar una equivocación detrás de otra, quería ir despacito y con calma.

—Era broma, preciosa—dijo malinterpretando mi silencio—. Bueno, no era broma, pero tú ya me entiendes. Si te sientes incómoda con esos comentarios dejaré de hacerlos.

—No es eso, Lucas... es que tengo que contarte una cosa.

—Bueno, empieza contándome cómo se tomó Jairo nuestra cena de la otra noche. ¿Qué tal con él?

Ahí estaba, la sempiterna cuestión.

—Cuando llegué a casa, estaba esperándome en la puerta—dije ignorando su pregunta.

—¿Se enfadó mucho?—dijo recostándose en el sofá y pasándose una mano por el pelo, que ya llevaba largo.

—Eso lo sabrás en la siguiente temporada de la serie. Venga, vamos al restaurante y seguimos.

Aunque a regañadientes, salimos del local y nos dirigimos a *Home Burger* que, como ya he dicho, estaba al lado. Nos sentaron en una de las mesas del fondo, donde no había nadie en ese momento, y podíamos tener más intimidad y me puse a ojear la carta, más por inercia que por necesidad. Ese día no me apetecía carne, así que opté por el sándwich vegetariano, que estaba de muerte. Queso de cabra, calabacín, cebolla morada, lechuga, tomate, aguacate y una salsa espectacular, con un pan crujiente con el que se te caía la baba. Él pasó de mi recomendación y pidió una hamburguesa que se llamaba 'Emergencias 112' porque picaba como si saliese del mismo infierno. Se lo dije, pero no me hizo caso, así que me relajaría y disfrutaría del espectáculo cuando le diera el primer mordisco. Para beber, dos coca colas, porque una cena grasienta sin coca cola no sabe igual.

—Bueno qué, ¿me sigues contando?—dijo cuando nos trajeron las coca colas grandes.

—Jo, es que no puedo contarte la primera parte sin contarte la segunda y la segunda te la quería contar más tarde...

—Bueno, también puedes dejarme la temporada a medias, como los de 'La casa de papel', y así te aseguras de que tienes a la audiencia pendiente.

—Eres un friki.

—Lo sé. Dispara.

—Pues lo que te he dicho, me estaba esperando en la puerta de mi casa y no estaba lo que se dice contento...

—No sabía que era celoso—me interrumpió.

—Y no lo es, en realidad no, aunque lo parezca por esta situación en concreto. Es que yo no le había contado que quedaba contigo.

—¿No? ¿Y por qué?

—Pues no lo sé, porque imaginé que le sentaría mal, supongo. Con el tío con el que estuve antes, antes de ti, me refiero, las cosas iban así, tenía que medir mucho lo que hacía y decía y supongo que me ha quedado una tara—mentí.

—Pero tú quedas con Roberto cuando te da la gana y ahí no hay problema, ¿no?

—No, pero Roberto y yo somos hermanos y tú... bueno, contigo he hecho cosas que no se hacen con los hermanos.

Se rio.

—Lo sé, pero ¿eso significa que no puedes quedar con una expareja?

—Sí, sí, si el me lo dijo, que no es que le moleste que quede con alguien con quien he estado, es sólo que se lo oculte y el por qué se lo he ocultado...

—¿Y por qué se lo ocultaste?

—Ya te lo he dicho...

—Ya, ya sé que me lo has dicho, pero no me lo creo. No sé si te has dado cuenta, pero cuando mientes arrugas la nariz.

Me sorprendí y una risa nerviosa se escapó de mis labios. En ese momento, llegó el camarero con la cena y me entretuve echando kétchup y mostaza en mi sándwich. Él hizo lo mismo, pero no probó su hamburguesa.

—Come, come, y ahora sigo contándote, que tengo que ordenar mis ideas—dije.

En realidad lo que quería era tener un poco más de tiempo para decidir si le contaba la verdad o seguía yéndome por las ramas y sabía que si le daba un mordisco a esa guindilla disfrazada de hamburguesa, tendría un tiempo precioso. La cortó por la mitad con un cuchillo y la mordió. Lo que vino a continuación, me lo imaginaba. Se puso rojo mientras masticaba y empezó a abanicarse la boca con la mano hasta que consiguió tragar y dio un largo trago a su coca cola.

—Dios, está buenísima, pero pica un huevo—dijo echando aire por la boca.

—¿Crees que te la podrás comer?—pregunté cuando acabé de reírme.

—Sí, sí, ha sido la impresión del momento. Me gusta el picante, pero me imaginaba que sería menos.

Probé mi sándwich y cerré los ojos con placer.

—¿Está bueno?—preguntó.

—Buenísimo. Prueba.

Le tendí mi sándwich y mordió un trozo.

—Está muy rico—dijo cuando pudo hablar—. Pero venga, sigue. ¿Por qué se lo ocultaste?

Le miré con ojitos de cordero degollado, pero él alzó una ceja y me instó a continuar con un gesto de la mano.

—¡Ay! ¿Qué quieres que te diga? ¿Que ni yo misma sé lo que siento por ti? ¿Que no quería que lo supiera porque sabía que en realidad, lo mejor para que nuestra relación fuera bien era no volver a verte y no quería hacerlo?

—Si sientes eso, no creo que se solucione dejando de verme. Quizá tendrías que aclarar tus ideas antes de seguir con él. No es que quiera que lo dejes con Jairo para estar conmigo, que también, sino que no te veo muy segura de lo que sientes.

—Por eso no te preocupes. En un alarde de madurez no muy propio de mí, quedé con él y le dije que no tenía las ideas muy claras y que era mejor que lo dejásemos.

Sé que intentó evitarlo, pero no pudo contener una pequeña sonrisa.

—No te alegres tanto, vaquero. También le dije que tú no tenías nada que ver en esa decisión y que sólo la tomaba por mí misma.

—Vale, vale, tienes razón, perdona. No es que me alegre, es que... es que me alegro, que coño. Perdón, mi parte egoísta está dando saltos de alegría.

—Lucas, eso no significa que vayamos a estar juntos. Necesito estar sola. Necesito conocerte como persona, ser amigos. Y lo que tenga que ser, será.

—Me parece bien, rubia, pero quiero ser claro. Yo quiero estar contigo y voy a respetar tu decisión, pero quería ser sincero.

—Vale. Tú a mí también me gustas mucho. Pero ¿podemos cenar como dos amigos y ver cómo se van desarrollando las cosas?

En contestación, dio un mordisco a su hamburguesa y sonrió con la boca llena.

—Amigos—dijo finalmente con los ojos lagrimeándole por el picante.

Aunque al principio fue un poco tenso, logramos reconducir la conversación y el resto de la noche fue divertida. Acabamos en *José Alfredo* otra vez tomando una copa y al acabar, me acompañó a casa. Un beso en la mejilla, sus dedos enredándose en mi pelo y una mano acariciando mi cintura, fueron suficientes para que subiera las escaleras hasta mi casa sonriendo como una tonta y con el estómago dando saltos de alegría. ¿Amigos? Sí, pero ¿por cuánto tiempo?

Sígueme en redes sociales (a veces no publicaré mucho, pero contestar, contesto siempre):

Facebook: <https://www.facebook.com/saraflamencoescritora/>

Twitter: @SMFlamenco

Instagram: @saraflamenco

Web: <http://saraflamenco.com/>